



LA VIVENCIA DE LA PAZ A NIVEL DE LA COMUNIDAD Y LA FAMILIA (Hacia una Teología Bíblica de la Paz - VI)

Introducción:

La Biblia no contiene una teología intelectualmente elaborada de la paz, o de la justicia o de la salvación. Contiene, más bien, descripciones de vivencia de la paz, o exhortaciones a su vivencia cuando por la infidelidad del pueblo, la visión cayó en el olvido. La teología es reflexión en torno a la actividad salvadora de Dios en su medio a fin de poder dar expresión a esas vivencias y comunicarlas en su testimonio misional. No se concibe de la paz sin experiencias reales de shalom. No se concibe de la justicia aunque reinen condiciones de obvia injusticia. No se concibe de una salvación auténtica sin su vivencia correspondiente.

A) Formas que Toma la Paz en la Comunidad Mesianica Neotestamentaria¹

1) La comunidad cuyas vivencias hallamos en las páginas del Nuevo Testamento era una auténtica alternativa social al igual que espiritual. Efesios 2:13-19 describe algunos elementos que caracterizan esta nueva comunidad de la paz de Dios. Estar “en Cristo” (13) no es tanto una mera experiencia espiritual interior y mística, como una participación concreta en la nueva humanidad creada por Dios en Jesucristo.

El Evangelio de la paz abre la posibilidad de una nueva relación con Dios que se convierte en realidad en la medida en que vivamos en una nueva relación con nuestros semejantes. En esta comunidad las diferencias y las barreras que separan a los humanos son superadas: nacionalismos (eso de “todo por la patria” es una idolatría), racismos, prejuicios basados en diferencia de sexo, espíritu de competitividad social y económica, diferencias culturales, religiosas y sociales que contribuyen a actitudes de superioridad de parte de unos y de inferioridad de parte de otros.

¹ Véase Juan Driver, *El Evangelio: Mensaje de paz*, Ciudad de Guatemala: Ediciones Clara-Semilla, 1997, pp. 30-33.

Estar “en Cristo” ofrece la posibilidad viva de realizar la comunión entre personas muy diversas, humanamente hablando. Se trata de vida compartida en todos los niveles de convivencia humana: social, espiritual, económica, etc. El Evangelio de la paz derrumbó la barrera más formidable de la antigüedad: la muralla que separaba a judíos y gentiles.

Según el Nuevo Testamento, en esta comunidad de paz los enemigos son reconciliados de tal forma que la violencia queda fuera de lugar en las relaciones interpersonales; personas de diferentes razas y nacionalidades se convierten en hermanos, en una confraternidad que no es meramente mística e invisible, sino que toma formas sociales concretas; los pobres son socorridos, los enfermos son sanados, pecadores rebeldes son reconciliados con Dios y con sus semejantes, etc. En fin, la función del Evangelio de la paz en Jesucristo consiste en restaurar esa comunidad de amor y paz y justicia que responde a la intención de Dios para la humanidad. En realidad se trata de la vida del reino de Dios que Jesús vino a inaugurar y que, en el poder de su Espíritu Santo, comenzamos ya aquí a vivir.

2) Otro ejemplo de los alcances del Evangelio de la paz lo encontramos en la formación de la comunidad primitiva en Jerusalén. A raíz de la obra del Espíritu en Pentecostés la iglesia naciente tomó forma de “koinonía”, o vida compartida (cf. 1 Jn. 1:1-4, “comunión”). Donde el Evangelio de la paz es oído y obedecido el Espíritu Santo crea un nuevo sentido de comunidad caracterizado por una profunda preocupación mutua y una apertura de unos para con otros. De esta comunidad leemos en Hechos 4:32: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común”. Aquí se descubren dos espíritus muy distintos que están en conflicto:

a) Uno es el espíritu egoísta (“suyo propio”). Se enfatiza lo que es de uno mismo; lo “propio”; el individualismo; los intereses propios; predomina el concepto de lo privado. Esta orientación concentrada en lo propio, en propiedad, es fundamentalmente idólatra (Ef. 5:5, “avaro, que es idólatra”), pues se coloca a uno mismo, el “yo”, en el centro, como elemento de mayor importancia. Este espíritu fue rechazado por la comunidad de Jerusalén.

En realidad las sociedades modernas generalmente se basan en este principio bajo alguna forma de contrato social que regula la competitividad egoísta y los intereses propios en un equilibrio de poderes. El concepto de la “propiedad privada” es ajeno al espíritu de “shalom”. Pero lo trágico, no es tanto que las sociedades democráticas seculares se rigen por este principio, sino que la iglesia de Jesucristo muchas veces se organiza bajo estos principios democráticos de equilibrio de poderes y mutuo respeto de derechos. Este es el concepto romano de paz mas bien que el “shalom” que proclamó Jesús y los apóstoles.

b) El otro espíritu, y éste es el que caracterizaba a la iglesia de Jerusalén, es el espíritu de comunión; de vida en común; de comunidad. Predomina la disposición a compartir generosamente para el bien común en todo nivel de la vida. Es en esta comunidad de paz donde el individuo halla una realización más plena.

En esta comunidad son librados de la tentación a la idolatría, pues Dios está en el centro de las relaciones humanas y la vida se comparte por el poder de su Espíritu. Bajo la dirección del Espíritu Santo, la congregación empezó a poner en práctica en su medio las condiciones del “año del jubileo”, o “de remisión”, el año de nuevos comienzos que Jesús mismo había pregonado al comenzar su ministerio. “El Espíritu del Señor está sobre mí ... me ha ungido ... para predicar el año agradable del Señor” (Lc. 4:18). Según el jubileo, la tierra y su plenitud son de Dios y por lo tanto sus recursos han de utilizarse según las necesidades y para el bienestar de su pueblo. A fin de corregir injusticias que surgían con el paso de los años se debía declarar periódicamente el “año de remisión” en que las deudas eran perdonadas, los esclavos eran liberados, los patrimonios familiares que se habían perdido por apremio económico eran devueltos. La iglesia de Jerusalén, en su deseo de realizar en forma concreta el Evangelio de la paz anunciado por Jesús, fue llevada por el Espíritu Santo a renovar en su medio las provisiones del “año de remisión”, a fin de dar expresión a la comunión que experimentaban. Y como los escritos de Pablo nos indican, este espíritu de compartir continuó en la iglesias primitivas (2 Cor. 8:13,14).

No será necesario organizar la iglesia del siglo XXI en todas partes según el plano exacto de la comunidad de Jerusalén. Pero sí, debemos tomar con toda seriedad el espíritu y la forma fundamentalmente comunitarios que surgen del “shalom” de Dios que Jesús proclamó. Debemos escoger entre comunión y egoísmo como principios de vida.

3) Finalmente debemos recordar que, en cuanto somos los hijos de Dios, seremos hacedores de la paz (pacificadores) (Mt. 5:9). Nos asemejaremos a Dios en la medida en que vivamos y obremos para que la paz prevalezca entre los seres humanos. Los hijos de Dios, a fin de cuentas, son los que se parecen a Dios en su actuar.

Como pacificadores estamos llamados a solidarizarnos con los pobres y los oprimidos; a obrar por la sanidad de los enfermos y los afligidos; a dar de comer a los hambrientos; a cuidar de los rechazados y de los solitarios en la sociedad; a proclamar un mensaje de libertad y paz a los esclavizados, rogándoles en nombre de Cristo que sean reconciliados entre sí, y con Dios.

La persona que ha sido alcanzada por el Evangelio de la paz y transformada por el poder del Espíritu de Dios difícilmente puede admitir que se practique con conciencia limpia el egoísmo, la competitividad desenfrenada, la ambición desorbitada, el deseo de renombre, la acumulación egoísta de bienes, la violencia, los prejuicios raciales y étnicos, la discriminación, la injusticia, y la falta de piedad sincera y auténtica. ¡Y menos todavía puede hacerlo en nombre de la fe!

El cristiano que es motivado por el Espíritu de su Señor no practica esta forma de vida aunque la gran mayoría de la sociedad secular lo haga. El pacificador, en el estilo de Jesús, no se deja colocar en el molde del mundo. Es realmente notable que en el primer siglo de la era cristiana el término “pacificador”, tal como aparece en Mateo 5:9, designaba a dos clases de personas muy distintas. El término aparecía en las monedas del Imperio Romano designando al emperador. Y según este uso, significaba su actividad, y

hasta la fuerza violenta, que se creía necesaria para asegurar la continuidad del Imperio. (“Si quieres la paz, prepara la guerra”, es la expresión tradicional que refleja esta actitud.)

Por otra parte, Jesús dio esta designación a sus seguidores, a aquellos que, en su servicio compasivo y sacrificial hacia sus semejantes, y aún hacia sus enemigos, comunican el amor de Dios; a aquellos que son agentes del reinado de Dios en el mundo. La actividad de éstos es determinada, no por lo que hace el emperador, sino por la forma de ser y actuar de su Señor, Jesús de Nazaret, el Mesías, Príncipe de Paz.

Jesús ha de ser la norma para determinar nuestro estilo de vida. Su camino de paz y justicia determina la forma de nuestra presencia, proclama y actuar en el mundo. Jesús nos invita a entrar y a participar en su nueva Comunidad de Paz, renovados en el poder de su Espíritu, y a vivir la paz anticipando la venida de su reino de paz en toda su plenitud.

B) La Imitación del Cristo de la Cruz en Nuestra Tarea como Pacificadores²

El Nuevo Testamento invita repetidamente a los seguidores de Jesús a responder al amor y sacrificio vicario de Dios en Cristo, haciendo de la cruz modelo para sus vidas. Aunque la cruz de Cristo es única y su sacrificio no se repite, sin embargo los cristianos somos llamados a imitarle precisamente en esto mismo. Entre los muchos aspectos de la vida de Jesús que serían dignos de imitar, como el celibato, su forma de trabajar, su vida sencilla, etc., únicamente somos llamados a asumir su cruz. Jesús mismo dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt. 16:24). Y la naturaleza concreta y real de esta cruz se subraya en el versículo siguiente, “El que pierda su vida por causa de mí, la hallará”.

Las, así llamadas, “tablas domésticas” (Ef. 5:21-6:9; Col. 3:18-4:1; 1 Ped. 2:11-3:12; et al.), o listas de instrucciones para orientar a las comunidades primitivas en su convivencia a nivel comunitaria y familiar, no fueron instrumentos para la conservación del status quo social, como a veces posiblemente hemos sido tentados a pensar. Son documentos realmente revolucionarios cuando son tomados en su contexto grecorromano del siglo I.

En primer lugar, las instrucciones son dirigidas a gente que no era nadie: a los esclavos, a los niños, a las mujeres y a los súbditos. A diferencia de la sociedad en general, en estas comunidades se les trataban como agentes libres capaces de tomar decisiones éticas con plenos derechos como miembros de la familia de Dios. Se les restaura la dignidad que les corresponde a estos que son tenidos por débiles en la sociedad dominante. Por primera vez en su vida se les trata como gente de primera. Y en estas tablas se les apela, a ellos también, que tomen decisiones y que actúen orientados por el modelo de Jesús.

En segundo lugar, a los tenidos por “fuertes” entre ellos: a los amos, los maridos y los padres se les apela a orientar sus actuaciones hacia aquellos que en la sociedad contemporánea se tenían por subordinados inferiores siguiendo el ejemplo de Jesús que,

² Véase a Juan Driver, *El Evangelio: Mensaje de paz*, Ciudad de Guatemala: Ediciones Clara-Semilla, 1997, pp. 76-80.

de manera no violenta, había literalmente dado su vida por ellos. Esta es, en realidad, una visión contra corriente de relaciones sociales.

Así que, en lugar de perpetuar las desigualdades sociales de la época, aquellos con poder en la sociedad son invitados a romper el ciclo de dominación, asumiendo ellos mismos la cruz en sus relaciones con los débiles en la sociedad. Se apelan a los amos a asumir una cruz en sus relaciones con sus esclavos “dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas” (Ef. 6:9). No se trataba de meramente amenazarles a los amos con la venganza de Dios. Mas bien, se colocaba delante de ellos el modelo de un Dios no violento que es absolutamente fiel en prodigar su gracia a todos por igual. En la iglesia primitiva se superó efectivamente esa funesta institución de la esclavitud tan predominante en el mundo antiguo. Los esclavos eran tenidos por herramientas de producción, a ser usadas mientras fueran útiles y luego tiradas cuando ya no servían. Pero a los esclavos en familias cristianas se les trataban como hermanos y hermanas. Se recibían con brazos abiertos a los esclavos fugitivos que, huyendo de sus amos crueles, les llegaban a sus iglesias domésticas en las grandes ciudades del Imperio Romano. En un mundo donde los esclavos fugitivos eran considerados como propiedad a ser devuelta a sus amos, los cristianos les ofrecían albergue en sus comunidades de fe. Hermas, que llegó a ser obispo de la iglesia en Roma en el tercer siglo, había sido objeto de la compasión de una mujer cristiana que le compró su libertad.

En el mundo del primer siglo, la mujer se hallaba bajo el dominio de los hombres desde la cuna hasta la tumba: primero de su padre, luego de su marido, y al quedarse viuda, de su hijo. En una sociedad en que las mujeres fueron usadas y abusadas, y en general, fueron menospreciadas, en la iglesia era diferente. Se les apela a los maridos a tomar a la cruz de Cristo como modelo en sus relaciones hacia sus mujeres. Efectivamente, en las comunidades cristianas hubo un aprecio y respeto para la mujer inauditos en la sociedad contemporánea. La historia de María y Marta no es meramente un ejemplo de la relación entre una espiritualidad práctica de servicio a los demás y una espiritualidad más mística y contemplativa. En su contexto en Lucas 10:38-42, el relato ofrece una prueba clara que la mujer también puede ser discípula de Jesús en un sentido pleno. El lugar “a los pies del Maestro” quedaba abierta a la mujer en igualdad de condiciones con el hombre. En realidad, la iglesia primitiva se distinguía notablemente de la sociedad de su tiempo en las formas en que las mujeres se convertían en protagonistas prominentes en la vida de las comunidades. Se destacaron por su participación en las iglesias domésticas que iban extendiéndose a través del todo el Imperio Romano. Se encontraban entre sus más efectivas evangelistas. Fue después de establecerse la iglesia en Roma y comenzar las reuniones multitudinarias que la participación de la mujer en el culto de la comunidad fue vedada, pues presumiblemente hería los sentimientos romanos tradicionales.

Esta imitación concreta de Cristo y su cruz es tan importante en el Nuevo Testamento que se aplica a todas las áreas principales de la vida: la familia, la iglesia, las relaciones económicas y las relaciones políticas. Encontramos en Efesios 4:32-5:2 un ejemplo de esta preocupación. “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios

como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. Y notamos que en la iglesia primitiva se pudo superar estas distinciones sociales de una manera que, para la sociedad en general, fue imposible. Pablo podía recordar a la comunidad en Galacia que “ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal. 3:28).

1) En el Matrimonio

En el primer siglo en Efeso las relaciones sociales entre los sexos se caracterizaban por la dominación masculina prácticamente absoluta. Sin embargo, y a pesar de ir en contra de la corriente social predominante, Pablo invitaba a los hombres en la comunidad cristiana en Efeso a tomar la cruz de Cristo como su modelo en sus relaciones con sus esposas. “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25). El marido es invitado a tomar la iniciativa y amar a su esposa incondicionalmente. Jesús en su amor sacrificial a favor de su pueblo es el modelo para el amor del marido hacia su mujer. La vivencia de la paz, o comienza en casa, o no comienza. La no violencia del sacrificio vicario no se aplica únicamente, ni principalmente, a movimientos notables, como las de Gandhi y Martin Luther King, ni a las grandes cruzadas a favor de la justicia, sino a las relaciones interpersonales comunes y corrientes en el matrimonio.

2) En Relaciones entre Padres e Hijos

“Hijos obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y la amonestación del Señor” (Ef. 6:1-4). La relación entre padres e hijos vislumbrada aquí es radicalmente revolucionaria en el contexto del siglo I. En una sociedad en que las mujeres encintas abortaban a las crías no deseadas, y los padres “exponían” (tiraban al basural) a los niños recién nacidos no deseados, y ejercían la “patria potestad,” un poder de vida y muerte sobre sus hijos, los cristianos vivían, en realidad, contra la corriente cultural predominante.

En el año 180 a. de C., Atenágoras escribió sobre la violencia en general y sobre la violencia en un contexto familiar en particular: “Los espectáculos de gladiadores o de fieras ... son por vosotros organizados. Mas nosotros, que consideramos que ver matar está cerca del matar mismo, nos abstenemos de tales espectáculos. ¿Cómo, pues, podemos matar, los que no queremos ni ver para no contraer mancha ni impureza en nosotros? Nosotros afirmamos que las que intentan el aborto cometen un homicidio y tendrán que dar cuenta a Dios por ello; entonces, ¿por qué razón habíamos de matar a nadie? Porque no se puede pensar a la vez lo que lleva la mujer en el vientre es un ser viviente y objeto, por ende, de la providencia de Dios, y matar luego al que ya ha avanzado en la vida; no exponer lo nacido, por creer que exponer a los hijos equivale a matarlos, y quitar la vida a lo que ha sido ya criado. No, nosotros somos en todo y

siempre iguales y acordes con nosotros mismos, pues servimos a la razón y no la violentamos” (“Legación en favor de los cristianos”, 35).³

En una sociedad que cosecha los resultados de violencia familiar, y especialmente el abuso de los más débiles en la familia, las mujeres y los niños, esta visión de la paz fundada en el Cristo de la cruz es especialmente pertinente. Y aquí, son los padres los que han de tomar esta iniciativa revolucionaria y contra corriente.

3) En Relaciones en un Contexto Eclesial

El camino de la cruz también provee la clave para las relaciones armoniosas en la iglesia. Este es el contexto en que Pablo incluye el himno sobre la humillación, muerte y exaltación de Jesús (Fil. 2:6-11). En lugar de contienda, orgullo y egoísmo (Fil. 2:3-4), debe haber en la iglesia el mismo “sentir que hubo en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:5-8). En realidad, la iglesia se define como esa comunidad que ama, así como Cristo amó. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (1 Jn. 3:16).

Más adelante Pablo rogó directamente a Evodia y a Síntique a que se reconciliaran en “un mismo sentir en el Señor” (Fil. 4:2), pero el modelo para esta reconciliación lo había señalado ya, que es el Cristo de la cruz “que se humilló a sí mismo” (2:8).

4) En Relaciones Laborales

La cruz es también clave para las relaciones laborales en el pueblo de Dios. Pedro invita a esclavos cristianos a someterse, no sólo a los amos amables y buenos, sino también a los difíciles de soportar (1 Ped. 2:18). “Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias, padeciendo injustamente. ... Pues para esto fuisteis llamados; porque también padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (2 Ped. 2:19-24).

El modelo de Jesús en su sufrimiento vicario orienta nuestra actuación aún (y especialmente) en situaciones de injusticia. Aquí se trata de sufrimiento bajo opresores injustos. Pero esto no implica asentir ante las injusticias. Significa, mas bien, que rehusamos ver en nuestros opresores enemigos contra los cuales luchar con violencia. Lejos de ser una muestra de debilidad, soportar inocentemente las bofetadas de los amos injustos y crueles es iniciar el camino hacia la restauración de la dignidad humana y el

³ Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apologistas Griegos*, Madrid: La Editorial Católica, 1954, p. 706.

comienzo de una transformación en el balance del poder mediante el amor hacia el adversario, más bien que por medio de una revolución violenta. Es desafiar radicalmente al sistema imperante de dominación.⁴ Recordando que Cristo murió por nosotros siendo aún enemigos de Dios, imitaremos este mismo amor de Dios para enemigos en nuestros tratos con nuestros adversarios.

Se apelan también a los amos a asumir una cruz en sus relaciones con sus esclavos “dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas” (Ef. 6:8). No se trataba de meramente amenazarles a los amos con la venganza de Dios. Mas bien, se colocaba delante de ellos el modelo de un Dios no violento que es absolutamente fiel en prodigar su gracia a todos por igual, sin hacer “acepción de personas”.

5) En Relaciones con las Autoridades Establecidas

La cruz es modelo para relaciones sociales en círculos más amplios. En el contexto en que se describen las relaciones con las autoridades seculares hay una clara referencia a la enseñanza de Jesús sobre el amor hacia los enemigos. “Benedicid a los que os persiguen; bendicid y no maldigáis ... No paguéis a nadie mal por mal ... No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios ... Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer ... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Rom. 12:14-21). Y finalmente, Pablo añade que “el amar no hace mal al prójimo (13:10). De modo que, la cruz de Cristo determina también nuestras relaciones con las autoridades gubernamentales, sean buenas o sean malas. Nuestro sometimiento a las autoridades civiles descrito en Romanos 13 de ninguna manera significa ser copartícipes en la violencia que emplea el Estado. Al contrario, sólo Dios merece nuestro respeto absoluto (Rom. 13:7; cf. 1 Ped. 2:17). De modo que, aún la participación pública de los cristianos es determinada por la alternativa social que brota de la cruz de Cristo.

C) El Evangelio: Mensaje de Paz Tanto en Nuestra Condición Como Nuestra Actuación⁵

En Jesús el Mesías, se cumple la visión profética del shalom mesiánico, la paz esperada en el Antiguo Testamento. Por eso el mensaje de Dios por medio de Jesucristo se llama “El Evangelio de Paz” (Hech. 10:36).

Así, desde la caída cuando comenzó a reinar la rebeldía y la desobediencia hacia Dios y la violencia hacia los semejantes, ha sido la intención de Dios reconciliar a los seres humanos consigo mismo y entre sí. Pero no hay fuerza ni poder humanos ni divinos capaces de “imponer” una reconciliación, ni con Dios ni entre los humanos, ya que la reconciliación tiene que ser libre y voluntaria. Pero en esto Dios ha tomado la iniciativa dando su vida por nosotros y ofreciendo una demostración costosa de su amor en la cruz,

⁴ Walter Wink, *Engaging the Powers: Discernment and Resistance in a World of Domination*, Minneapolis: Fortress Press, 1992, p. 185.

⁵ Juan Driver, *El Evangelio: Mensaje de paz*, Ciudad de Guatemala: Ediciones Clara-Semilla, 1997, pp. 79-80.

aún cuando éramos sus enemigos (2 Cor. 5:17-21; 1 Jn. 3:16; 4:9-10). La cruz de Cristo es la estrategia de Dios para responder a sus enemigos, venciendoles con el amor.

En la cruz Dios nos ofrece 1) su perdón, 2) la posibilidad de una nueva relación con él de amor y obediencia, y 3) la posibilidad de relaciones reconciliadas con nuestros adversarios. Generalmente se han reconocido los primeros dos resultados de la cruz: el perdón y la reconciliación con Dios. Pero el tercero, la posibilidad de relaciones reconciliadas con nuestros enemigos, se le ha escapado a la mayor parte de la cristiandad.

El ejemplo más claro de esta paz es la reconciliación que se produjo entre judíos y gentiles en el primer siglo por medio de Jesús (Ef. 2:13-15). La muerte de Jesús era para todos igualmente, eliminando así las enemistades con Dios y entre ellos, y creando una comunidad de paz. De modo que, por medio de la cruz, Cristo reconcilió a los que eran enemigos superando así la hostilidad más notable del mundo antiguo. Así que esta paz es parte integral del Evangelio. Es una buena noticia saber que la guerra contra Dios, al igual que la guerra contra nuestros enemigos, ha terminado y que ahora puede haber paz. Pero también la cruz de Cristo ha sido el modelo para otras áreas de conflicto que nos afectan hasta el día de hoy. La cruz de Cristo elimina, en principio, (y también en realidad si se lo permitimos) todas las barreras entre los sexos, las clases sociales, económicas, políticas y raciales entre los pueblos y las naciones.

En la cruz de Cristo, Dios nos dice que ama a sus enemigos hasta el punto de sufrir y sacrificar su vida a favor de ellos. Y ahora nos invita a nosotros a imitar a su Hijo en la cruz con la misma clase de amor sacrificial hacia otros en todos los niveles de nuestra vida: familia, iglesia, trabajo, relaciones políticas, etc. En este mundo violento y egoísta se nos invita a creer que en Cristo una nueva era ha comenzado y que podemos imitarle a Jesús en su amor desinteresado. Para Dios todo es posible. Y todo es posible para los que creemos en verdad que el Mesías de Dios ha venido. La era mesiánica ha llegado en Cristo. La resurrección y Pentecostés son pruebas de ello. En el poder del Espíritu es posible vivir el camino de la cruz. Precisamente en este mundo caído y en todas las áreas de nuestra vida seguimos a Cristo en el camino costoso de la paz y la no violencia, sabiendo que tendremos que sacrificar nuestros egoísmos y nuestras violencias y que bien puede costar nuestra vida por amor al enemigo. Pero estamos convencidos de que la única forma de ser hijos auténticos de Dios es ser pacificadores, tal como El lo es.

D) Epílogo⁶

Aunque esta visión del significado de la muerte de Cristo goza de autoridad neotestamentaria, y aunque contribuyó poderosamente a la auto comprensión de la iglesia primitiva, en el transcurso de la historia de la iglesia ha caído en desuso. Tan es así que esta visión parece ser una innovación para la mayoría de los cristianos ortodoxos, tanto Católicos como Protestantes, en nuestros tiempos. Pero no es difícil adivinar la razón por el extraño silencio de esta visión del significado de la cruz de Cristo en la iglesia de los últimos diecisiete siglos.

⁶ Ibid., p. 81.

Desde el siglo IV, se ha venido pensando que la violencia es justificable, y aún necesaria en la Iglesia. Agustín hablaba por muchos de su época, y hasta el día de hoy, cuando dijo que la paz, tal como Jesús lo hizo a costa de su propia vida, no era una posibilidad realista para los cristianos de su tiempo. Por lo tanto esta manera de comprender la muerte de Jesús que cuestiona tan frontalmente las prácticas violentas de los cristianos estaba destinada a caer en el abandono. Otras imágenes para comprender la cruz fueron enfatizadas, e incluso en algunos casos deformadas, de modo que la muerte de Jesús podía ser comprendida en forma totalmente “ortodoxa” sin cuestionar radicalmente las enemistades que separaban a la humanidad y las violencias con que esta situación de alienación humana se ha perpetuado.

En cambio, la muerte de Jesús (al igual que su vida) fue un poderoso componente de la visión que condujo a la Iglesia apostólica a rechazar la violencia en las relaciones humanas y aún a responder a sus enemigos con un amor semejante al amor de Dios, encarnado en Jesús. Y desde entonces y dondequiera que cristianos se han dispuesto a seguir a Cristo radicalmente, la muerte de Jesús les ha servido como inspiración y fundamento para su no violencia hacia sus enemigos.